

Ponerse en el lugar del otro

A los seres humanos nunca nos resulta fácil ponernos en el lugar de los otros, ni siquiera cuando se trata de personas de nuestro entorno, y más en un mundo dominado por el anonimato y por el “sálvese quien pueda”. Pero esto todavía resulta más difícil cuando se trata de individuos que llegan al ámbito escolar procedentes de familias que se han visto obligadas a abandonar su país por razones económicas, políticas, culturales o sociales con la esperanza de hallar una vida mejor en el país de acogida

Rafael Villanueva
Federación Enseñanza CC.OO.

Sin embargo, constituye una necesidad imperiosa para convivir y sobre todo para poder educar y enseñar en una situación como la actual, donde en la escuela se “entrelazan” diferentes modos de entender la vida desde las diferentes culturas con las que todos vivimos y nos imaginamos nuestro propio mundo, el mundo de los demás y la realidad social.

En el etnocentrismo anidan la intolerancia y de los recelos mutuos así como la autoestima tribal y los fanatismos nacionalistas

Por el mero hecho de ser inmigrantes, los niños y las niñas forman una minoría cultural, lo que significa que están sometidos a mayores presiones por parte del grupo cultural mayoritario que por su propia cultura de origen. Su situación variará según hayan sido escolarizados en el país de origen o en el de destino. Su forma de interpretar la realidad se hallará en función del proyecto migratorio familiar, la estructura de su personalidad, sus expectativas, etc., y, sobre todo, la calidad de la acogida o del grado de rechazo que se le dispense en el medio social y particularmente en el medio escolar.

Inmersos en un ambiente distinto y a veces hasta hostil, con una calidad de vida en muchos casos inferior a la que tenían en su país de origen, bajo el impacto del duelo migratorio -el desarraigo y la pérdida de las relaciones familiares y humanas, así como la privación del sentimiento de protección y seguridad que supone no estar inmerso en la propia cultura- son circunstancias difícilmente asumibles por la mayoría de los inmigrantes.

El emigrante y sus familiares, especialmente los niños, pueden sentirse escindidos entre ambos modelos culturales. Por una parte, deberán ahorrar para enviar recursos a los familiares que quedaron en el país de procedencia; por otra parte, el consumismo del país de destino les incitará al despilfarro, lo que, a su vez, afectará a su sistema de valores y a sus relaciones sociales. Así, mientras consideran indispensable mantener determinados signos de identidad cultural, como la lengua, la religión y las costumbres, se sienten obligados a abandonarlos para poder subsistir, constatando cómo, indefectiblemente, van perdiendo estos contenidos culturales básicos.

¿Cómo se percibe a los que llegan?

Todas las culturas se perciben a sí mismas como el centro del universo. Cada pueblo tiende a percibirse como depositario preferente de la verdadera religión, de las buenas costumbres, de las instituciones de gobierno más acertadas y de la forma lúdica de ver el mundo. Se trata del fenómeno del etnocentrismo, en el que anidan la intolerancia, y de los recelos mutuos así como la autoestima tribal, el “orgullo de ser...” y los fanatismos nacionalistas.

El hijo de un inmigrante se halla dividido entre el proceso de transmisión cultural del grupo familiar y la fuerte presión de su entorno

Este etnocentrismo se pone de manifiesto en múltiples ocasiones diarias. Por ejemplo, cuando juzgamos según nuestros códigos de civilización, el arte, la moral de otros pueblos; cuando explicamos sus acontecimientos económicos, históricos, sociales... desde nuestro exclusivo punto de vista y omitimos información relativa a los avances o valores de otros pueblos. También cuando aplicamos explicaciones paternalistas hacia estos pueblos “menos desarrollados”, cuando situamos a otros pueblos en estadios de desarrollo “superados” por nosotros, nos entrometemos en sus asuntos sintiéndonos con autoridad para influir en su religión, su economía, sus costumbres, presionando para su modificación u opinando a favor de ella y, por fin, cuando consideramos su cultura y su sociedad una versión “subdesarrollada” de la nuestra, a la cual indefectiblemente tienen que acabar imitando.

La aceptación o el rechazo no está en función del valor o contravalor objetivo de aquello que se nos presenta como diferente, sino de la valoración subjetiva que hagamos de ello, del grado de amenaza o de satisfacción futura que percibimos en ello, en parte a causa de nuestras actitudes básicas de apertura o clausura, de nuestro “umbral de aceptación de la diversidad”, y de los estereotipos y prejuicios que hemos aprendido e internalizado.

Así no es infrecuente que se expresen pensamientos tales como “la cultura de los inmigrantes es cerrada”, “la mayoría son analfabetos”, “tienen montones de hijos”, “viven muchos juntos” y “muchos de ellos son delincuentes”.

No es difícil imaginar la situación del hijo de un inmigrante: dividido entre el proceso de transmisión cultural del grupo familiar y la fuerte presión de su entorno, pero especialmente de la escuela, en tanto que institución básica de transmisión cultural, es inevitable que viva sus experiencias de forma conflictiva.

Los problemas derivados del proceso de aculturación del niño están muy condicionados por varios factores, uno de los más importantes es la calidad de la acogida del grupo social autóctono más en contacto con la familia inmigrante. Esta aculturación puede deberse tanto a la resistencia por parte del inmigrante a incorporar “nuevos rasgos” culturales, como a la resistencia que los miembros de la comunidad mayoritaria manifiesten a transmitirlos. Frente a estas situaciones es necesario facilitar recursos y herramientas, superar obstáculos, ayudar, pero nunca dirigir, decidir la velocidad del proceso, imponer ritmos o prioridades.

Lo que no puede ayudar es el paternalismo o el asistencialismo, ambas derivaciones del peor etnocentrismo.

Sensibilidad ante la diversidad cultural

La actitud del ámbito escolar y, particularmente, del profesorado ante la integración del alumnado inmigrante pasa por aceptar y facilitar su proceso de identificación étnica y cultural; concienciarse y concienciar de la realidad existente; construir las cualidades del ser humano desde los errores de hoy; mostrar sensibilidad ante la diversidad cultural; autocontrolar y desactivar los prejuicios personales; contrastar y cuestionar permanentemente nuestros propios esquemas; ponerse en la piel de los otros y eliminar las expectativas negativas.